

ECOS DEL BOSQUE EXTREMEÑO



Tres relatos cortos de una vieja encina

Blas Curado Fuentes

**XII Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura
"El Medio Ambiente Cuenta"**

Ecos del Bosque Extremeño

Tres relatos cortos de una vieja encina

Blas Curado Fuentes

Ilustraciones:

Jesús Mateos Brea

© De esta edición:

GOBIERNO DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura,
Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía
Consejería de Educación y Cultura

© Autor: Blas Curado Fuentes

© Ilustraciones: Jesús Mateos Brea

Depósito Legal:
BA-000400/Junio 2013

ISBN:
978-84-8107-078-1

Editora Regional de Extremadura
Publicaciones de la
Secretaría General
Consejería de Agricultura,
Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía
Avenida Luis Ramallo s/n.– 06800 MÉRIDA
<http://www.juntaex.es>

Blas Curado Fuentes

**Ecos del Bosque
Extremeño**

Tres relatos cortos de una vieja encina

GOBIERNO DE EXTREMADURA

Consejería de Agricultura,
Desarrollo Rural, Medio Ambiente y Energía



sperad, esperad! ¡No empecéis sin mí! - se escucha la voz lejana de la avutarda, que por su considerable peso, llega como siempre tarde a la reunión de cada medianoche.

- No te preocupes amiga, que aún no hemos empezado – responde *La Terrona con voz grave*. Sabemos que vienes de lejos...

Hay luna llena y la noche se presenta fría en el campo, a las afueras del pueblecito extremeño de Zarza de Montánchez. Como todos los días, los animales del bosque se congregan alrededor de la sabia y anciana encina La Terrona, que con más de 800 años y ayudada de muletas, aún sigue contando las más increíbles y divertidas historias jamás contadas sobre la fauna silvestre de nuestros campos.

- Bueno, bueno... ya estamos todos – comprueba *La Terrona mirando a su alrededor*. Buenas noches y bienvenidos una noche más. Hoy tengo para vosotros tres historias que creo que no os he contado aún.

- ¿Cuáles son? – pregunta *ansioso el meloncillo, que no ha faltado nunca a estas reuniones y se sabe casi todas*.

- Pues veréis, las tres historias que os voy a contar son cortas pero no por ello menos interesantes. Una la recordé el otro día haciendo memoria y las otras han llegado a mis oídos hace poco tiempo... Ya sabéis, estos árboles son todos unos cotillas y enseguida se enteran de todo y me lo cuentan – *bromea La Terrona*.

- Pero, ¿de qué van? ¿Quiénes son los “protas”? – *pregunta inquieto el cachorro de hurón, que lleva asistiendo a estos encuentros desde hace poco tiempo.*

- Los personajes de cada relato son una Gineta, un Mirlo y un Águila Imperial – *explica la encina Terrona.*

- ¡OOOOhhhhhh! – *exclaman atónitos casi todos los animales, con cara de sorpresa, interés y curiosidad.*

- ¡Schissssssssss! – *rechista la cigüeñuela a la que, con el mal genio que tiene, siempre le molesta todo. ¡Callaos! – ordena al grupo, llevándose su dedo-pluma al pico.*

La luna brilla con fuerza en el firmamento sobre la dehesa extremeña, los animalillos están inmóviles de expectación, mientras se hace un silencio total y la vieja encina Terrona comienza su primer relato...



- Buenas noches y bienvenidos una noche más. Hoy tengo para vosotros tres historias que creo que no os he contado aún.

Relato 1: “Hogar, dulce hogar. El viaje de la Gineta”

Esta es la historia de Gina, la gineta, mamífero marrón grisáceo y blanco parecido a un gato con una gran cola a rayas y con manchitas en el cuerpo. Este relato, amigos habitantes del bosque, nos enseñará a valorar las funciones ambientales y ecológicas de los bosques y hábitat naturales de Extremadura, conoceremos mejor la dehesa extremeña y la importancia que tienen para nosotros los animales silvestres.

- ¡Zas! – el golpe seco de una escoba se oye sobre la cubierta del barco.

- ¡Vaya otra vez se me ha escapado! Estas ratas de a bordo cada día son más difíciles de capturar... – se queja la gineta Gina, mientras corre con una escoba en mano para dar caza a una rata escurridiza que se ha colado en el barco.

Hace mucho mucho tiempo, antes de que hubiera ginetas en nuestros campos, los musulmanes entraron en la Península Ibérica cruzando el Estrecho en barcos, en los que llevaban estos animales por su gran habilidad para capturar roedores, manteniendo así limpio el barco de ratas y ratones.

- ¡Tierra a la vista! – grita desde el mástil uno de los marineros del barco, que por fin llegaba a la costa sur de España.

- Menos mal, ya por fin dejaré de cazar en este maloliente barco – exclama la gineta Gina, dejando la escoba en cubierta y disponiéndose a bajar del barco en el puerto.

- ¿Pero tú dónde crees que vas? – le dice uno de los marineros del barco cogiéndola por su largo rabo.

- Tengo trabajo para ti. A partir de ahora, te vendrás conmigo a mi nueva casa...seguro que allí te divertirás un rato cazando bichos ¡Je, je, je! – *se ríe el marinero, metiendo a Gina en su bolsa de mano mientras baja al puerto por la rampa del barco.*

Pero Gina era muy lista y no estaba dispuesta a trabajar como una esclava para el marinero, así que en un momento de despiste de éste, consiguió salir del petate y corrió y corrió sin mirar atrás calle abajo hacia la ciudad, mezclándose con los gatos callejeros.

De esta forma Gina la gineta llevó una vida de gato por los tejados y callejuelas de la ciudad portuaria. El resto de gatos se quedaron maravillados de su agilidad, velocidad y capacidad para capturar roedores. Pero los días pasaron y pronto Gina se dio cuenta de que éste no era su sitio. La luz, el ruido, la multitud y el ajetreo de la ciudad, así como la falta de árboles donde poder esconderse y descansar, hizo que una noche Gina tomara una decisión clave para su futuro.

- Hola señor, buenas noches. Necesito hablar con usted – *dijo la gineta dirigiéndose al líder gato.*

- Dime Gina, ¿qué pasa?

- He estado pensando mucho y finalmente he decidido marcharme de la ciudad. Necesito algo más de espacio abierto y tranquilidad. Lo mío es la vegetación natural, los árboles, el aire puro del campo abierto... bueno ya sabes. Yo no soy un animal doméstico como vosotros.

- Te entiendo Gina. No te preocupes. Sabíamos que algún día te marcharías...

- Gracias por vuestra comprensión. Os estoy muy agradecida – *explica la gineta.* Por cierto, ¿sabrías en qué dirección debiera partir?

- Al noroeste, sin duda. España es una península muy extensa y si marchas en esa dirección, acabarás encontrando lo que buscas – *le indica el líder de los felinos.*

- ¿Y cómo se llama ese sitio? – *pregunta impaciente la gineta.*

- La dehesa extremeña.

Pasaron los meses y Gina, la gineta, después de recorrer muchos kilómetros, llegó a un gran río que le hizo detener su travesía. No podía cruzarlo, era demasiado ancho. Se sentó a descansar en la orilla, pensando cómo poder cruzarlo y seguir. Pronto vio aguas arriba del río una bandada de aves acuáticas formada por patos, ánades y algunos cormoranes que jugaban alegremente en la ribera del río.

- ¡Eh! ¡Holaaaaa! – grita Gina haciendo señales con sus patas delanteras al grupo de aves, que al verla se acercaron nadando por el río.

- Hola, ¿qué te pasa? ¿Necesitas ayuda? – le pregunta uno de los cormoranes más parlanchines del grupo.

- Sí. Estoy de viaje hacia el noroeste, hacia la dehesa extremeña – explica la gineta.

- ¡Ah! ¡Sí! La conozco. El otro día unas grullas amigas me contaron que ese es su lugar preferido de turismo en otoño... me han contado maravillas de sus campos, sobre todo de la dehesa, con sus encinas y bellotas tan ricas – cuenta con entusiasmo uno de los patos del río.

- ¿Cómo puedo cruzar este gran río? No sé nadar – explica la gineta.

- ¡Ummm! Veamos – piensa el cormorán rascándose la cabeza con una de sus alas.

- ¡Ya está! ¡Lo tengo! ¿Por qué no pones cada una de tus cuatro patas a lomos de cuatro de nosotros y te cruzamos el río sin que te mojes? – propone uno de los patos más inteligentes del río.

- ¡Muy bien! Perfecto... pero, ¿va a funcionar? ¿No me caeré? – pregunta Gina la gineta.

- No. Yo iré volando por encima, y si veo que pierdes el equilibrio te cogeré con el pico para que no caigas – explica el cormorán grande.

De esta forma, las aves acuáticas consiguieron que Gina cruzara el río con éxito para poder proseguir con su viaje por tierras extremeñas.

Al día siguiente Gina se topó con una sierra de elevadas cumbres y montañas, que le hizo detener de nuevo su travesía. No podía cruzarla, era demasiado

alta. Las rocas, la pendiente y el fuerte viento allí arriba le hicieron casi desistir de su viaje y volver atrás. Rendida por el esfuerzo, se echó a descansar sobre una roca a los pies de una de las cumbres más altas de la sierra, y pensó cómo poder subir, cruzar y seguir. Pronto vio la silueta de enormes aves rapaces planeando en lo alto del cielo; eran buitres leonados que hacían sus ejercicios diarios de vuelo.

- ¡Eh! ¡Holaaaaa allá arriba! – *grita Gina haciendo señales con sus patas delanteras a los buitres, que al verla desde lo alto se acercan volando en círculos cada vez más bajos, ayudados por las corrientes de aire.*

- *Hola, ¿qué te pasa? ¿necesitas ayuda? – le pregunta uno de los buitres más grandes con una mirada que al principio asustó a la gineta por su enorme pico, largo cuello y ojos redondos.*

- *Sí. Estoy de viaje hacia el noroeste, hacia la dehesa extremeña – explica la gineta un poco aterrorizada.*

- *¡Ah! ¡Sí!, la conozco. Tengo un primo lejano con las plumas negras que vive en la copa de un alcornoque fantásticamente “amueblado” y con unas vistas inmejorables... – cuenta con entusiasmo uno de los buitres más inquietos y habladores del grupo.*

- *¿Cómo puedo cruzar esta montaña? No puedo escalar ni trepar por estas pendientes tan fuertes – explica la gineta.*

- *¡Ummm! Veamos – piensa el gran buitre leonado, rascándose el plumón del cuello con una de sus afiladas garras.*

- *¡Ya está! ¡Lo tengo! ¿Por qué no te montas a lomos de la cabra montés? – propone uno de los buitres más inteligentes del grupo.*

- *¿A lomos de una cabra montés? – duda la gineta.*

- *Sí. No te preocupes. Ahora mismo la llamamos. Es como un funambalista de circo. Tiene un equilibrio impresionante – explica el gran buitre.*

- *¡Muy bien! Perfecto... pero, ¿va a funcionar?, ¿no me caeré? – pregunta Gina la gineta.*

- *No. Yo mismo iré volando por encima, y si veo que pierdes el equilibrio te cogeré con el pico para que no caigas – le explica el gran buitre leonado.*



- ¡Ya está! ¡Lo tengo! Por qué no pones cada una de tus cuatro patas a lomos de cuatro de nosotros y te cruzamos el río sin que te mojes.

De esta forma, el grupo de rapaces consiguieron que Gina cruzara la sierra a lomos de la cabra montés y poder seguir con su viaje hacia la dehesa extremeña, ya más cercana.



- Yo mismo iré volando por encima, y si veo que pierdes el equilibrio te cogeré con el pico para que no caigas.

Tras unos días más de viaje, rendida por el viaje, la gineta Gina se sienta a descansar bajo una gran encina, cuando de repente una voz extraña la levanta sobresaltada...

- Hola amiga, ¿pareces cansada? ¿Quién eres? – *murmulla una grulla que estaba comiendo bellotas plácidamente.*

- ¡Vaya susto me has dado grulla!... Me llamo Gina, soy una gineta, vengo de muy muy lejos... ¿Podrías indicarme dónde me encuentro? – *pregunta la gineta.*

- Pues mira a tu alrededor chica, estás en la dehesa extremeña, un lugar perfecto para vivir, espero que te guste – *explica la grulla.*

- ¡Por fin he llegado!... Pero, ¿esto de la dehesa, qué es exactamente? – *pregunta impaciente la gineta.*

- La dehesa es un bosque muy especial, y se debe a la convivencia entre el hombre y la naturaleza. Así, el hombre aprovecha el terreno para dedicarlo al cultivo y a la ganadería, mientras que el resto de animales, podemos aprovecharlo para alimentarnos de restos de cosecha, bellotas y pequeños animalillos - *explica la grulla.*

- ¿Y por qué crees que me gustará? – *pregunta Gina, la gineta.*

- Pues básicamente porque la dehesa proporciona gran cantidad de beneficios ambientales y ecológicos.

- ¿Cómo cuales? – *pregunta inmediatamente la gineta al ave migratoria.*

- Aquí existe mucha y muy variada vegetación que produce oxígeno, que permite que el resto de los seres vivos podamos respirar y vivir. Además actúan como grandes coladores que, cuando llueve, limpian y filtran el agua, que luego bebemos – *explica la grulla mientras sigue comiendo bellotas sin parar.*

- Al mismo tiempo se captura un gas contaminante poco agradable y peligroso en grandes concentraciones, el dióxido de carbono. Se almacena y transforma en madera y nutrientes, y todo gracias a la fotosíntesis! – *exclama la grulla con su peculiar chillido.*

- Además los árboles protegen el suelo con las raíces, sujetándolo para que no se vaya cuando llueve, pues el agua arrastraría el suelo y sólo quedarían rocas.

- Aquí la temperatura y la humedad es regulada inteligentemente por la vegetación y el clima es bastante agradable todo el año... ¿Sabías que el calor en una zona sin árboles es hasta diez grados mayor que en una zona arbolada? – *pregunta la grulla retando a la gineta.*

- ¡Ah! Y fíjate bien... – *apunta la grulla* – en la dehesa viven gran cantidad de animales: aves, reptiles, insectos..., porque aquí nos protegemos de otros animales, del viento, el ruido, la lluvia, la nieve y muchos otros peligros...

- ¡Ah! ¿Mis futuros vecinos? Muchas gracias grulla pero creo que éste tampoco es mi sitio, no conozco a nadie... me resultará muy difícil hacer amigos... – *se lamenta la gineta que, cabizbaja, empieza a levantarse lentamente...*

- ¡Espera, espera! Aún me queda una cosa que contarte – *le grita la grulla a la gineta.*

- ¿Qué? – *pregunta Gina con sorpresa.*

- Pues... ejem... no has sido la primera en llegar... – *susurra la grulla mientras le guiña un ojo.*

En ese momento, un grupo de ginetas alborotadoras bajan de las ramas de la encina en la que se había sentado a descansar nuestra amiga ...

- ¡Genial! ¡No me lo puedo creer! – *grita Gina la gineta al ver a otros miembros de su familia.*

- Ahora sí que puedo decir aquello de: ¡Hogar, dulce hogar! – *exclama felizmente la gineta mientras se abraza con sus seres queridos bajo una encina de algún lugar de la dehesa extremeña.*



- Ahora sí que puedo decir aquello de: ¡Hogar, dulce hogar!

Relato 2: “¿Conoces a Carlota La Picota?”

Esta es la historia de un joven mirlo, un alegre pájaro cantarín con el que, animalitos del bosque, aprenderemos las funciones y beneficios productivos y económicos de los campos de Extremadura.

Los primeros rayos de un cálido sol de primavera inundan ya el valle del Jerte como todos los años... en la copa de un castaño hay un nido de mirlos cantarines...

- Me apetece hacer un poco de ejercicio, voy a mover las alas un rato, volaré alto para echar un vistazo. Mamá, ¿puedo ir a dar una vuelta por el valle?

- Vale, de acuerdo, pero no tardes. Ten cuidado donde te posas, ¡eh!
– dice la mamá mirlo un poco preocupada.

- Gracias mami, ¡qué bien!

El joven mirlo, raudo y veloz, se dispone enseguida a emprender el vuelo. Pronto se sube a una de las más altas ramas del castaño y, con un fuerte y rápido aleteo, echa a volar.

- ¡Qué gozada! ¡Vaya vistas! – se asombra el joven mirlo, mientras sobrevuela los campos haciendo eses, trombos y demás figuras atrevidas en el aire.

- ¡Dios mío! – exclama nuestro joven amigo al quedar por segundos cegado por una intensa luz blanca en el suelo.

- ¿Qué es eso? – se pregunta mientras se frota sus pequeños ojitos con la punta de las alas, y va recuperando la vista.

- Pero si parece que estuviéramos en pleno invierno y... que haya caído una gran nevada, es increíble.

- ¡Ah! ¿Así que es a esto a lo que se refieren mis amigos? ¡Es magnífico!... los cerezos en flor.

- ¡Qué flores más bonitas! y, ¡Qué color! – *exclama el mirlo una vez comprende a qué es debida tal maravilla.*

El joven mirlo, lleno de alegría por su descubrimiento, se queda canturreando una bella canción unos minutos sobre la rama de un cerezo. De repente algo interrumpe su descanso...

- ¡Hola joven mirlo!

- ¿Eh? ¿Quién me habla? ¿Quién eres? – *pregunta el mirlo asustado.*

- Hola, soy yo. Mira hacia abajo, al tronco.

El mirlo, sorprendido, gira su grácil cuello hacia abajo con precaución para descubrir que es el árbol quien le habla.

- Hola, ¿Me ves ahora? Soy yo el cerezo sobre el que te has posado a descansar.

- ¿Cómo te llamas? – *pregunta el curioso mirlo.*

- *Prunus avium.* Bueno cerezo es como me conocen normalmente. Ese es mi nombre en latín, ya sabes. Pero mis amigos me suelen llamar Carlota, Carlota la picota.

- ¡Que simpático! ¿Por qué te llaman así? – *pregunta nuestro alado amigo.*

El sol alcanza su punto más alto en el despejado cielo del Valle del Jerte y el cerezo en flor comienza a contar su historia al joven mirlo, mientras éste, anonadado, ni siquiera se da cuenta del paso de un bullicioso grupo de turistas y visitantes maravillados, que no paran de echar fotos al campo de cerezos en flor.

- Nací hace ya unos años aquí en el valle, sólo a unos pocos kilómetros de aquí, cerca de Navaconcejo. ¿Lo conoces? Bueno mi familia entera nacimos de flores como éstas que te gustan tanto.

- ¿Ah sí?, ¿y cómo es eso? – *pregunta el mirlo.*

- De las flores de los cerezos surgimos las cerezas. Ya sabes, esos frutos rojizos y carnosos, tan sabrosos y sanos – *explica el cerezo.*

- Yo nací de un cerezo en flor, y gracias al calor y las condiciones especiales del Valle, me convertí en pocos días en una gran cereza roja de color vino que llaman Picota. En concreto nuestra variedad fue la Ambrunés, así nos conocen.

- ¡Vaya nombre! – *exclama el mirlo.*

- Sí bueno, me gusta más que me llamen Carlota La Picota. Suenan mejor.

- La verdad es que sí, es mucho más bonito. ¿Y cómo has llegado a convertirte en árbol? – *pregunta ansioso el mirlo.*

- Nací unida por el rabito, también conocido como pedúnculo, a mi hermana, y como te decía, un día cuando ya estábamos bien grandes, unas manos sabias y experimentadas nos recogieron del árbol. Nos metieron en una cesta de castaño muy confortable y fresca, y ese mismo día nos separaron unas de otras por tamaño.

- ¿Y qué fue de tu hermana? – *preguntó el mirlo con curiosidad.*

- Desde ese día no volví a verla. La verdad es que me gustaría saber de ella – *añadió Carlota algo entristecida.*

- ¡Qué pena Carlota!

- No te preocupes sé que estará bien... Como te decía, de la cesta me llevaron a un lugar grande y ruidoso de un pueblo cercano en el que nos lavaron bien, nos estudiaron con cuidado unos simpáticos operarios y nos volvieron a separar por grupos, haciéndonos pasar por unas máquinas muy inteligentes hasta meternos en unas cajitas de plástico muy ligeras, nos etiquetaron como PICOTA DEL JERTE, y luego nos metieron en un camión muy fresquito.

- ¡Qué aventura Carlota! – *exclamó el mirlo asombrado.*

- Después del viaje en camión, nos descargaron en la sección de frutería de una tienda de alimentación de la zona. De allí enseguida nos compraron y nos llevaron a un restaurante muy conocido de la ciudad.

- ¿Y después...? – *preguntó el mirlo con curiosidad.*

- Después... ¡Uff! A todas las picotas ya nos estaba dando mucho calor nuestra carnosa piel, no podíamos más y eso que nos mantenían fresquitas en un frigorífico. ¡Era como llevar un abrigo en verano! Hasta que por fin un día nos sirvieron como postre en una mesa del restaurante y nos quitaron el abrigo. ¡Qué alivio! – *suspiró Carlota La Picota.*

- ¡Menos mal! – *dijo el mirlo.* Y entonces, ¿qué te pasó luego?

- Bueno, después a cada uno nos sucede normalmente una u otra cosa. Sé de compañeras que una vez sin la piel, es decir sólo con el hueso, las emplean como combustible para dar calor, otras se usan para hacer pienso de animales y otras, como yo, somos llevadas a un banco de semillas por nuestra buena genética.

- De allí pasé a un invernadero en el que me criaron y me hicieron germinar... al final me convertí en un pequeño arbolito de cerezo hasta que consideraron que era lo suficientemente mayor para llevarme al campo y hasta ahora. Aquí estoy, hecho todo un cerezo.

- ¿Y entonces, tú también darás frutos? ¿También tendrás cerezas? – *preguntó el mirlo haciendo un rápido aleteo de ilusión.*

- ¡En efecto! Estoy entusiasmada. Este año es mi primer año florecido y pronto de mis ramas colgarán tantas cerezas como flores puedes ver.

- Lo siento Carlota, creo que mi madre me viene a buscar... estará preocupada. Debo irme – *se explica el mirlo mientras se dispone a echar a volar.*

- No te preocupes, ¿nos volveremos a ver verdad? – *pregunta Carlota La Picota.*

- ¡Pues claro! Vendré a visitarte frecuentemente todas las primaveras, no quiero perderme conocer a tus futuras cerezas – *prometió el mirlo.*



- Este año es mi primer año florecido y pronto de mis ramas colgarán tantas cerezas como flores puedes ver.

A lo lejos en el horizonte, el mirlo y su madre vuelan hacia el bosque para reunirse con su familia en el nido.

Un día cualquiera de una primavera no muy lejana, el mirlo, ya adulto, en uno de sus paseos aéreos matutinos, vio a lo lejos en el patio de un cortijo una mancha blanca que parecía ser un cerezo en flor. Sin pensárselo, bajó para comprobarlo.

- ¡Hola cerezo! ¿Qué haces aquí en este patio? ¿Cómo es que no estás con los demás cerezos en el Valle? – *preguntó el mirlo.*

- Sabes, un día hace ya unos años yo fui una picota... nací de un cerezo como yo a unos pocos kilómetros de aquí, cerca de Navaconcejo. ¿Lo conoces? Bueno mi familia entera nacimos de flores como éstas que tengo yo ahora.

- ¿No me digas? – *preguntó el mirlo algo extrañado.*

- Tenía una hermana a la que estuve unida por el rabito hasta el día de la recolección... se llamaba Carlota, Carlota La Picota... ¿la conoces?

Relato 3: “La alegre despedida de Alatraste, el águila imperial que no podía volar”

Esta es la historia de Alatraste, un águila imperial ibérica adulta, una de las especies de aves rapaces más grandes, fuertes e importantes de Extremadura, ya que encuentra en nuestros montes el hábitat adecuado para vivir, siendo muy escaso en el resto del mundo.

Con este último relato, animalitos del bosque, aprenderemos las funciones de recreo, sociales, científicas y educativas de los bosques de Extremadura.

- ¡Buenos días, Alatraste! ¿Cómo va todo? – *saluda un desaliñado alimoche que pasa a saltitos y cojeando al lado del gran águila imperial.*

- Buenos días, compañero. Todo va bien, gracias – *contesta alegre Alatraste.*

- Me han dicho que hoy nos abandonas, ¿es eso cierto? – *pregunta el alimoche.*

- Así es amigo mío. Hoy me han dado el alta. Mañana es mi gran día – *responde Alatraste, simulando un aleteo inquieto de sus enormes alas.*

- ¡Qué suerte! Al final te has recuperado bien del ala por lo que veo – *afirma asombrado el alimoche.*

- Pues sí, la verdad es que me han tratado muy bien aquí en el Centro de Recuperación de Fauna. Les estoy muy agradecido – *comenta Alatraste.*

Alatraste ha pasado los últimos tres años en una especie de hospital donde ayudan y curan a los animales silvestres accidentados, que se denomina Los Hornos y está ubicado en la Sierra de Fuentes, cerca de Cáceres. Por cierto, amigos, si aún no habéis ido, os lo recomiendo, es fantástico ver cómo trabajan y la gran cantidad de

especies que allí están. Si vais, os enseñarán muchas cosas sobre las especies protegidas de Extremadura y veréis cómo las curan y lo bien que las tratan.

- Bueno, amigo alimoche, te tengo que dejar que me han avisado que ahora llega un autobús con muchos niños de un colegio y tenemos que estar preparados para recibirlos – *comenta el águila imperial Alatraste.*

- Ok, ok... No te preocupes. Luego seguimos hablando cuando tengas un descanso, ¿vale? – *propone el alimoche.* No te vayas sin despedirte.

Alatraste y otras muchas especies protegidas del centro trabajan allí dentro del programa de educación ambiental del centro, que no sólo sirve como hospital de animales silvestres sino que además, por medio de chicos y chicas bien preparados, desempeña una función educativa y científica muy importante, acercando la fauna silvestre a la sociedad para sensibilizar e informar sobre los muchos problemas y peligros que los acechan, fomentando su respeto, conservación y protección.

Son muchos los animales que a diario ingresan en el centro en un estado muy crítico debido, en la mayoría de los casos, a accidentes que podrían haberse evitado, como por ejemplo envenenamientos, choques con tendidos eléctricos, atropamientos, disparos de caza furtiva, etc.

- Hola de nuevo alimoche – *saluda Alatraste a su amigo.*

- ¿Ya has terminado? – *pregunta el alimoche subido a una rama.* ¡Vaya niños más ruidosos eran éstos!, ¿eh?

- Sí, ni que lo digas... bueno pero me da un poco de pena pues creo que ésta va a ser mi última actuación aquí, la verdad es que voy a echar mucho de menos todo esto de la educación ambiental... ¡me encantan los niños! – *explica con un gesto alegre pero triste el águila imperial.*

- Bueno, bueno, déjate de lamentos, que mañana vuelves a casa... ¡Mañana vuelves a volar! – *le grita el alimoche al águila imperial.*

- Oye por cierto, antes de que te vayas, ¿qué fue lo que te pasó realmente? – *dice pensativo el alimoche cojo.*

- ¿No me digas que no te lo he contado nunca? – *pregunta Alatraste.*

- Mira, fue hace unos tres años, en las zonas adeshadas de la Sierra de San Pedro. Estaba yo volando felizmente una tarde y de pronto un conejo llamó mi atención, ya sabes era la hora de la cena... – *explica bromeando el águila.*

- Entonces bajé rápidamente, pero no me di cuenta de que había un vallado de espinos en la parcela y ¡zas!, me enganché el ala izquierda.

- ¡Auch! ¡qué dolor! – *exclama el amigo alimoche cojo.*

- Ni que lo digas. Al principio no parecía nada, pues sólo la rocé, pero luego el dolor era insoportable... me había roto el ala totalmente. Caí al suelo y no pude volver a remontar el vuelo. Por supuesto, el conejo escapó... – *comenta entre risas Alatraste.*

- ¿Y cómo te localizaron?

- Pues lo pasé mal. Estuve unas dos noches solo y oculto entre unas rocas hasta que un día el dueño de la finca me vio y llamó al número del Centro y vinieron a por mí – *explica Alatraste emocionado.* Aún hoy le debo la vida a ese buen hombre.

- Pues sí. Espero que muchos otros tomen ejemplo – *dice el alimoche algo enfadado.*

En esto que uno de los trabajadores del Centro de los Hornos se acerca a Alatraste y lo coge para llevárselo y prepararlo para su gran día.

- ¡Adiós amigo alimoche! – *grita Alatraste.*

- ¡Hasta pronto amigo! No te olvides de sobrevolar de vez en cuando el centro y venir a saludar... ¡Ah! ¡Pero no vengas a por nuestra comida! – *bromea el alimoche cojo mientras se despide de Alatraste que con una sonrisa en el pico, se aleja en brazos del monitor del centro.*

Al día siguiente, a lo lejos en los cielos de la Sierra de San Pedro, se ve la silueta imponente de un águila imperial ibérica que sobrevuela majestuosa los campos extremeños... es Alatraste, el águila imperial que no podía volar, que con un vuelo suave y respetuoso desciende en busca de alimento esquivando árboles, rocas y vallados, que ahora sí, no tienen espinos.



- Es Alatrísté, el águila imperial que no podía volar, que con un vuelo suave y respetuoso desciende en busca de alimento esquivando árboles, rocas y vallados, que ahora sí, no tienen espinos.

- Bien amigos del bosque... y colorín colorado así es como terminan las tres historias cortas que os he contado – *concluye la vieja encina Terrona.*

- ¿No hay más? – *pregunta con entusiasmo la cigüeñuela a la encina con los ojos tan grandes como platos.*

- Lo siento amigos, ya es tarde y tenéis que descansar... pero no os preocupéis que mañana a la misma hora os tendré preparadas nuevas aventuras – *promete la vieja encina* – Espero que hayáis aprendido algo...

- ¡Por supuesto! – *asienten los animalillos del bosque allí reunidos.*

- A ver, ¿podrías en pocas palabras decirme qué habéis aprendido esta noche? – *pregunta la encina.*

- ¡Las funciones del bosque y lo increíble que es nuestra tierra, Extremadura! – *responden todos los animalillos a la vez.*

- ¡Muy bien! – *se alegra la encina Terrona.*

- ¡Hasta mañana entonces querida Terrona! – *se despiden los animalillos a medida que vuelven a sus madrigueras, nidos y actividades cotidianas.*

- Hasta mañana amigos – *se despide la vieja encina con una voz grave que resuena como un eco lejano en los bosques extremeños.*



- Bien amigos del bosque... y colorín colorado así es como terminan las tres historias cortas que os he contado.

Fin